

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.....	1
Trimestre.....	2.50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Seis.....	5.50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar...	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.....	2.50
Idem del Suplemento.....	0.75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol; En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

COMO PERROS Y GATOS

Los señores del respetable cabildo de la santa iglesia catedral de N. distan mucho de vivir en aquella armonía y fraternidad que debe reinar entre cristianos: antes por el contrario, las rencillas, las discusiones acaloradas, las disputas violentas y *aliquando* los razonamientos á puñetazo limpio, son el pan suyo de cada día.

Nadie que entrase en el templo á las horas de coro y los viese tan orondos con aquellas caras de Pascua, repantigados en sus sitials haciendo como que miran al Breviario y todos á un acorde atronando la iglesia con su monótona salmodia, podría sospechar sus divisiones, ni creería que cada uno odia de muerte al que se sienta á su derecha, este al que le sigue y todos entre sí.

Muchos y diversos son los elementos que mantienen vivo el fuego de la discordia. Es el primero, que unos son católicos transigentes, ó hablando con propiedad, *mestizos*, en tanto que los otros son carlistas rabiosos desde las hebillas de los zapatos hasta la monda coronilla.

El deán, el arcipreste y el penitenciario son acérrimos defensores del actual orden de cosas, mientras el doctoral, magistral y maestrescuela se conmueven de gozo al ver una boina, aunque sea en la cabeza de un carretero. Los simples canónigos imitan la rivalidad de las dignidades; los beneficiados hacen lo mismo; los sacristanes forman también dos bandos enemigos; y hasta los acólitos andan revueltos, si bien los altercados de estos últimos, más que en asuntos de alta política se inspiran en propina de más ó menos, ó en puñado de cera de menos ó más.

Independientemente de los dos partidos políticos, existen otros dos. La silla episcopal estuvo vacante algún tiempo, y en la interinidad el deán desempeñó los cargos de gobernador eclesiástico y administrador de la mitra, protegiendo á unos y perjudicando á otros; y mientras los primeros deseaban y esperaban que se le confiriese el obispado en propiedad, los segundos temían que así sucediese y deseaban que fuese nombrado el moro Muza antes que él. Cuando el deán contaba conseguir su elevación, el Gobierno tuvo á bien darle un mico proponiendo para el Obispado á un frailecillo aprovechado que supo jalearse al ministro y se llevó la mitra.

De aquí que, al tomar posesión, surgieron los dos partidos, el del deán y el del obispo. El primero, hostil y batallador en un principio, fué disminuyendo, pasándose muchos de sus parciales al enemigo, que era más productivo; los pocos que quedaron, con el deán á la cabeza, hacían una guerra sorda, pero terrible, de descrédito y difamación, á sus rivales. Añádase á es-

to resentimientos puramente personales entre unos y otros, á veces la lucha por desbancarse en la amistad é influencia con las damas pudientes, y se podrá tener una ligerísima idea del estado de los ánimos en aquella respetable corporación.

De todas cuantas trifulcas han ocurrido, ocurren y ocurrirán en la Sala del Capítulo, ninguna como la que se armó al día siguiente al en que un ministro, no sé cuál, visitó la catedral con motivo de su paso por la población. Pero dejemos la palabra á un *sacris*, testigo presencial de la pelea.

«El primero que llegó aquel día fué el arcipreste, con un humor de dos mil demonios. En seguida conocí que traía ganas de tomarla con los carlistas por lo que habían hecho el día anterior no asistiendo á recibir al ministro. Unos se habían ido de la población; otros habían enfermado de repente.

—¡Eso ingratos! —vociferaba el arcipreste paseándose precipitadamente:—no tienen ellos la culpa, sino quien mantiene rebeldes.

—¡Hola, D. Gabino! —dijo el magistral entrando y dándole un golpecito en la espalda con maliciosa sonrisa.—¿Ha visto usted cómo no nos ha pescado?

—¡Hombre!... Vaya usted... al cuerno —le respondió.

—¿De qué se trata, señores? —gritó un canónigo de la *cáscara amarga* que acababa de llegar.

—De nada: de que D. Silverio tiene el descaro de venirse alabando de la hombrada de ayer.

—Se necesita tener repoquísima vergüenza —añadió el canónigo.

—Poco á poco, D. Calixto, que á mí nadie me falta —respondió el magistral mirándole de hito en hito, —y menos los pasteleros que venden su primogenitura por un plato de lentejas.

—¡Habrás mayor cinismo! Pero, so danzante, ¿no cobra usted, como yo, de un Gobierno que está maldiciendo á todas horas? Yo defiendo á D. Alfonso, porque tengo la convicción de que es la verdadera legitimidad. Si otra cosa creyera, renunciaría la prebenda y no estaría cobrando y hablando mal de quien me paga; que esto es oficio de mujerzuelas.

—Ya suponía yo que conocía usted á semejantes damas.

—Menos deshonesto sería el que las tratase, que consentir que una mujer llena de andrajos y con dos criaturas muertas de hambre, viniese á la puerta de la catedral á llamarme canalla.

No sé qué fué más pronto, si oír estas palabras D. Silverio, ó lanzarse sobre D. Calixto, que le rechazó de un fuerte empujón haciéndole dar contra una de las cómodas de guardar los ornamentos. Dolorido por el golpe, volvió á precipitarse sobre su enemigo, nervioso, trémulo de ira y echando espumarajos por la boca, que

parecía que iba á tragárselo. Por desgracia suya, la fuerza nerviosa que le ayudó en los primeros instantes le abandonó cuando más lo había menester, pues D. Calixto, que era un hombrachón y tenía una musculatura de bronce, le aporreaba á más y mejor, acabando por cogerle del pescuezo y derribarle al suelo, donde le hubiera rematado á patadas á no ser por varios canónigos que se habían ido reuniendo, pues se acercaba la hora de coro, y que no sin gran trabajo pudieron sujetar al furibundo D. Calixto.

Un detalle: mientras el magistral y el canónigo habían andado á la greña, dos *sacris* se zurraron también la badana, porque uno de ellos, carlista y por ende partidario de D. Silverio, durante el combate había querido alargarle un centro para que moliese los huesos á D. Calixto, lo cual visto por el otro, fué causa de que se liasen á mojicones.

En aquel momento llegó el deán, y, contra lo que era de esperar, su presencia contribuyó á agriar más y más la contienda.

—¿Qué es esto? —preguntó.—¿Qué ha pasado aquí?

Nada —contestó uno de los beneficiados;— que esos señores, no contentos con el desacato de ayer, nos han provocado.

—¡Han sido ellos! exclamaron á coro varios *carcas*.

—Vosotros habéis sido los primeros.

—¡Mentís! Fuisteis vosotros.

—No es cierto.

—Sí, sí.

—Vamos, calma, calma. ¿Pero qué es eso, D. Silverio? ¿Tiene usted la cara ensangrentada!

—D. Calixto que me ha atropellado brutalmente.

—¡Siempre ha de ser usted el perturbador! ¡Esto es un escándalo! ¡Esto no puede continuar así! —dijo el deán increpando á D. Calixto.

Advierto que, aunque el deán y D. Calixto eran correligionarios políticos, no se podían ver, á causa de que el último disfrutaba bastante influencia en el palacio episcopal, y el deán aborrecía á todos los íntimos del obispo.

De esta circunstancia sacó partido uno de los *carcas*, diciendo:

—¡Como tiene la protección de su ilustrísima!...

—Su ilustrísima —interrumpió iracundo el deán —no tiene derecho á perturbar con sus favorecidos este pacífico cabildo. Un obispo no tiene potestad para traer el escándalo á esta corporación. También incurren en grave delito los pastores que á sabiendas consienten el lobo entre los corderos.

Otras muchas cosas más crudas, que no recuerdo, dijo con violento lenguaje, y aún seguía su peroración cuando un monaguillo entró desesperado diciendo:

¡Su ilustrísima está en la iglesia!
Apresuráronse todos á revestirse á escape, y con cruz alzada salimos á recibirle.

El primero que se arrodilló para besarle la amatista del anillo fué naturalmente el deán, contrastando su humildad y su fingido acatamiento con los violentos ataques que acababa de dirigirle.

El obispo bendijo á todos diciendo en latín: *La paz sea siempre con vosotros.*

Y yo por lo bajo decía: «Buena falta les hace».

Hasta aquí el *sacris*.

JOAQUÍN G. LOSADA.

CARTAS AL SEÑOR OBISPO

SEGUNDA CARTA

Señor obispo: He oído muchas cosas á manera de comentarios dentro de los muros palaciegos, por lo tocante á mi primera carta, y preciso declarar que no hay gato para un ratón tan diminuto.

También se dan obispos que por pequeños no dejan de ser finos, y más ante la crujiente seda de faldas y polisonas.

Digo yo, individuo místico con ribetes infuclarios, que en esta casa en donde vivo, entre flores y manzanos de subido color, y no muy distante del de el avaro discípulo que vendió á Cristo, se comete cada irregularidad piadosa que canta no solamente el *Credo*, sino que también el *ite missa est*. Curas de brillantes hábitos que, venidos á Madrid dando tumbos y echados de sus diócesis, hallan pronto colocación porque perfumadas tarjetitas de privilegiadas las llegan á moradas manos. Como las untan de goma algo misteriosa, quedan pegadas, no tanto en las manos como en el corazón.

¿Y qué efectos tan maravillosos producen!

¿No es esto algo extra-disciplinario? Los forasteros sirven de cuña para suplantar á los que pertenecen á la diócesis, y el escándalo va matando la fe y la religión. Solamente basta, señor obispo, para que usted se cerciore, con que pase la vista por el padrón de todos los curas que hoy se hallan en la diócesis que gobierna.

Es muy numerosa la lista de los que dicen misa en las casas particulares de los condes, marqueses, barones, etc. Ya sé que usted trina y trina contra esta clase de ministros; pero usted tiene la culpa, porque no se atreve á negar á quienes solicitan privilegios que no rezan para con el pobre.

Si tan poca gracia le hacen tales capellanes, ¿por qué manga tan ancha para los oratorios domésticos? Lamenta usted el mal, tiene en su mano el remedio, y, sin embargo, tolera el primero y no aplica el segundo.

¿Pero negar á los condes, á los marqueses, etc., lo que piden, causaría la ruina, no del catolicismo, pero sí de los erarios presbiteriales!

Aquí mismo, en esta su casa, en las dependencias del entresuelo, ¿no se ven privilegios irritantes?

¿Qué sacerdotes curtidors en el servicio parroquial tienen asiento en la Secretaría? ¿Qué conocimientos y qué práctica poseen acerca de lo que ocurre y acontece en las iglesias? Así es que los expedientes se resuelven cortando por lo sano y saliendo los sacerdotes ancianos y de hábitos raídos con las manos en la cabeza.

Madrid, señor obispo, sabe todo lo que pasa, y no es como una capital de provincia. Madrid reúne lo más selecto de España, y cuando determinadas gentes oyen y ven lo que sucede, no deja de reconocer que la Administración de la Iglesia se halla en una decadencia clarísima.

Aquí nadie quiere tratar con chiquillos, y menos en asuntos eclesiásticos, por aquello de: *en manos de chiquillos te veas*.

No le sirva, pues, de extrañeza que bajo sus plantas se murmure á diario; que en Secretaría no sea todo de color de rosa, aunque haya muchas caras del mismo color; pero sería sobre todo muy lamentable, aunque necesario para cortar la gangrena, el que yo, *ratón episcopal*, empezara poco á poco á roer expedientes, para que por inservibles sean tirados, después de barridos, á la calle. A tanto llega la malicia humana, que recompuestos correrían las calles de Madrid al grito de los muchachos.

Conviene, señor obispo, que los chiquillos no sean ni siquiera amanuenses en los palacios. En tales materias no reza la preciosa expresión de Jesús: *Sinite parvulos venire ad me*.

Uno de los puntos más debatidos, tanto en palacio como fuera de él, no es otro que el siguiente: ¿Qué ha hecho de importancia el señor obispo? Y ciertamente que no se vislumbra absolutamente nada.

Se ve al señor obispo en todas partes, y el arreglo parroquial no parece. Los curatos no se proveen en propiedad por oposición. Jóvenes inexpertos y de carrera de misa y olla se arraigan en la Corte; los veteranos y de costosas carreras son lanzados á los pueblos, como si los ministros del Señor en las grandes poblaciones debieran ser borregos inconscientes y víctimas de insensatas y envidiosas camarillas.

Ya irá el ratón poco á poco creciendo entre flores y manzanos, y quizás en el día menos pensado aparezca hecho un gigante.

¿Cuántos desengaños, señor obispo! Hay edificios que parecen ermitas y son catedrales, y los que parecen catedrales se ofrecen como bodegones.

Iba á darle el trozo de un documento roído, pero conviene reservarle para mejor ocasión; y pongo fin á mi carta ratonil con un cacho de queso que conservo desde que viví en casa de Ovidio:

Principiis obsta, sero medicina paratur.

MUS EPISCOPALIS.

SIEMPRE LA INTOLERANCIA

Sin sorpresa he leído en la Prensa de Tánger el acto de fanatismo llevado á cabo en la iglesia de las Misiones españolas contra la comunidad israelita que, previamente invitada, asistió en prueba de gratitud á los funerales del comendador Scovasso, ministro que fué de Italia y gran protector en el Magreb de la raza semítica.

Costeaba las exequias la Legación italiana en la iglesia de Franciscanos españoles, único templo católico que allí existe, y en las invitaciones incluyó á todos cuantos profesaron amistad ó simpatía al difunto, y claro está que no había por qué excluir á los que, no profesando la religión católica, quisiesen tributar un cariñoso recuerdo á la memoria del difunto; así es que indistintamente se invitó á católicos, cristianos no católicos y hebreos.

Fueron muchos de estos últimos, que usan el traje berberisco, y que, ignorantes de las prácticas de la religión cristiana, permanecieron cubiertos con el bonetillo que usan en las fiestas de sus sinagogas, del mismo modo que el musulmán se cubre con el turbante en su mezquita; más atisbólos un lego franciscano y se dirigió á ellos, obligándolos á descubrirse con frases sumamente groseras.

Hasta aquí no vemos más que una falta de educación, disculpable en cierto modo por un exceso de celo católico; lo que no tiene disculpa alguna, es que después de haberse descubierto, dando un ejemplo de tolerancia á los católicos, volviese el fraileco á la carga diciendo que no podían permanecer allí y expulsándolos del templo.

¿Es éste el procedimiento con que las Misiones en Marruecos piensan atraer al catolicismo á los que no lo profesan? En tal caso, ya puede el Gobierno suprimirles su protección, porque con esa conducta no sólo no convertirán un infiel, sino que empujarán al retraimiento á muchos católicos.

Además, ya que tan rigoristas son esos frailes con los judíos, ¿por qué toleraron en la iglesia á infinitas personas que tampoco son católicos? ¿Por qué ensañarse exclusivamente con los israelitas? Acaso y sin acaso porque los creen más débiles; que siempre fue la norma de los frailes arrastrarse á los pies de los poderosos y saciar sus venganzas en los indefensos y humildes.

¿Cuán diferente conducta observaron há poco en la misma población los masones á quienes tanto calumnian y vilipendian la *clerigalla* y la *frailería*!

Tratóse de socorrer á los infelices aherrojados en la cárcel (que como todas las marroquíes se hallan en el más lamentable abandono), y una comisión mixta (en cuanto á religión), un musulmán, un judío y un católico, fueron juntos en unión fraternal á llevar á los presos víveres y consuelos para sus aflicciones.

Y es que Moisés, Mahoma y Jesucristo no deben ser obstáculo para que los hombres se amen como hermanos y sean tolerantes unos para con los otros, profesen la religión que quisieren, ó no profesen ninguna positiva.

ALIAS CALOMARDE (CATEDRÁTICO)

El jesuitismo está de enhorabuena. No monopoliza como antaño las Universidades, pero, así burla burlando, va introduciendo en la enseñanza oficial profesores que bien pudieran trocar la toga por la sotana. Uno de éstos es un Sr. Morales, novísimo catedrático de Derecho canónico en la Universidad Central.

Si el ex-catedrático de esa asignatura, desde la silla episcopal en que se sienta, llegara á saber las proezas de su sucesor, no podría menos de confesar

que le da quince y raya en clericalismo é intolerancia ese ciudadano seglar trasplantado de las márgenes del Darro y el Genil.

Inauguró sus tareas profesionales queriendo hacer comulgar con ruedas de molino á sus alumnos, es decir, pretendiendo demostrarles que entre la ciencia y la fe no hay incompatibilidad alguna.

Después se ha metido á ensalzar los decantados tiempos de la gloriosa Inquisición, tribunal benigno, según él, justo, equitativo... y no sé si hasta limpio y económico.

Y para demostrar que posee excelentes condiciones para cura de misa y olla, la ha tomado también con los periódicos moralizadores, que él llama impíos.

Hay que verle, hay que oírle dejarse arrebatar por su *carcatólica* elocuencia. Vibra su voz retumbando en las bóvedas del aula; encandílanse sus ojos como si estuviera presenciando un auto de fe; extiéndense sus brazos en actitud *memodramática*, y, crispados los puños y golpeando con fuerza la inocente mesa, parece que va á merendarse media docena de herejes.

Todo el que no es ferviente católico, ni sabe leer historia ni tiene sentido común para él. Ataca á Castelar en ese terreno, y á la mayor parte de los que han gozado y gozan justa fama de sabios é ilustrados.

La Iglesia, dice, la clementísima Iglesia, es enemiga del derramamiento de sangre; y con esto apabulla á esos desdichados historiadores que se empeñan en hablar de las Cruzadas, de las matanzas de Saint-Barthelemy, de las guerras de religión en Francia, de las de Alemania y Flandes y de otras muchas en que los católicos dieron pasaporte para el Cielo á millares de individuos.

Quien, oyendo tales cosas, no se entusiasma y acude á comprar su obra (la del Morales, que recomienda eficazmente en clase y no cuesta más que cincuenta y dos pesetas), no merece contarse entre los fieles... que tienen doscientos ochos reales disponibles; ni probablemente será aprobado en examen, pues el docto profesor no da programa, tal vez porque no se aprovechen muchos de las obras de Gólmayo y Salazar, que no llegan ni á la suela del zapato de la suya.

Antójaseme que alguien preguntará al leer estos renglones: ¿No es la libertad de la cátedra uno de los más fundamentales principios de vuestro credo? ¿Con qué derecho censuráis entonces á ese catedrático?

A eso responderé, que ningún catedrático debe hacer que sus alumnos deserten de la clase por no oír majaderías, y, en último caso, que su obligación es explicarles Derecho canónico y nada más que Derecho canónico; pues el Estado le paga para que explique su asignatura y no para recitar coplas de Calafinos.

Si, como andaluz neto, no puede tirar de las riendas á su fogosa imaginación, que le ponga la serreta del buen sentido mientras esté en cátedra; que tiempo suficiente le queda luego para tratar la ciencia y la historia en bufo-trágico-mímico-bailable en su casa, en un café ó en una sacristía, de donde no debería salir nunca para bien de la enseñanza.

SAL POR ARROBAS

¿Queréis pasar un rato de solaz y entretenimiento cual pocos habréis pasado?

Pues comprad por una misa (peseta) el tomo de 186 páginas de *Pacotillas* del inimitable Estrañi, titulado *Del Cantábrico al Manzanares*, y os aseguro que me lo agradeceréis.

En él describe el autor, con su gracia é intención proverbiales, lo que le ocurrió en el último viaje que hizo á Madrid con un cura y su sobrina, amén de los mil incidentes cómicos á que se prestó su estancia en esta capital de Fabiés, Villaverdes y otros ilustres mamarrachos.

Para dar una idea del libro, copiaré á continuación un trozo del capítulo que dedica á la visita que hizo á la Redacción de El Motín.

Recordará el lector que fué invitado por mi querido amigo Pepe Nakens, director de *El Motín*, á una paella con que quiso obsequiarme el lunes en las mismas oficinas donde las flores místicas se hacen; y como no es de hidalgos caballeros rehusar ni excusarse en cuestiones de honor como de estómago sin merecer la nota de cobarde, aún no había caído aquella bola que marca el medio día á los mortales en la Puerta del Sol, cuando en un coche me dirigía á escape al antro horrible de *El Motín*, temiendo que el arroz se pasase.

Pagué al cochero su veloz carrera, dándole de propina cuatro reales, y al verme penetrar en aquel antro se marchó persignándose. Con planta firme y denodado pecho, haciendo de valor gallardo alarde, me interné en un pasillo tenebroso, como los que Virgilio enseñó al Dante cuando bajaron juntos al Infierno sin otro objeto que el de pasearse. De trecho en trecho, vivas llamaradas surgían cual relámpagos fugaces debajo de mis pies y en torno mío, sin llegar á quemarme, y á su cárdena luz iba yo viendo por el suelo esparcidos entre sangre, cráneos, huesos, pezuñas y menudos de curas y de frailes!

Llegué al extremo de la galería sin encontrar á nadie, y di con una puerta muy cerrada que tenía un alambre, al cual un tirón di ligeramente, resultando bastante, porque sonó un horrible cañonazo que se oyó de seguro hasta en Getafe! Abrióse entonces la ferrada puerta, y me encontré delante de Nakens y Vallejo, que vestían unos horribles trajes rojos desde los pies á la cabeza, como del gran Luzbel corresponsales. ¡Y qué rabos tan largos! ¡Y qué uñas! ¡Y qué fiero mirar! ¡Y qué visajes! Los dos se abalanzaron á mi cuello, pruebas de afecto dándome, y al refectorio al punto me llevaron dando saltos mortales.

La mesa del festín ya estaba puesta con un gusto admirable en medio de un salón que despedía fuego por todas partes, y allí entre deliciosas libaciones de sabrosos licores infernales, suculenta paella nos comimos confeccionada con arroz, guisantes, pollo, anguila, alcachofa, caracoles y patas de sochantre! Hubo después chuletas de canónigo con salsa de tomate, y pechugas de monja rebozadas, que estaban muy picantes!

Y por este estilo sigue describiendo la comida, la denuncia que sufrimos aquel día, y la llegada de un cura, terminando el capítulo de este modo:

Así que se marchó, supliqué á Pepe que me manifestara con qué objeto, cuando yo hablaba con el cura á solas, olía á azufre todo el aposento, y á esta pregunta entonces Pepe Nakens me contestó muy serio: —¡Yo siempre que entra un cura á visitarnos la casa desinfecto!

Y copiado esto, sólo nos resta añadir que se vende el libro en esta Redacción, al precio de una misa, como ya hemos dicho.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Después de berrearse la Letanía en la fiesta de la Virgen del Rosario, empezó el *clerituro* de Escarabajosa á recolectar los regalos de los devotos, consistentes en jarros de miel, botellas de vino, platos de higos, etc., etc.

Escogió luego una media docena de chicos con cara de fiar, y los envió á vocear y vender por las calles los donativos, escandalizando al pueblo á los gritos de: «¡Diez reales dos botellas de vino de la Virgen! ¡La miel del señor cura, tanto! ¡Quién quiere la nuez del Hermano mayor? ¡Veinte céntimos los higos de las devotas!»

Entretanto el cura, enemigo de la ociosidad, armó su rifita en el atrio, y primero sorteó dos palomas, después botellas de vino, y últimamente ¡lo que discurre un *cuervo*! sacó las vinajeras y empezó á repartir en ellas mosto á cinco céntimos por vinajera. Aquello parecía un ventorrillo.

Pues bien, ¿saben ustedes cómo le recompensaron su ingenio algunos individuos? Empeñándose en que había de rendir cuentas de lo recaudado, so pretexto de que sus antecesores lo hacían; á lo que se negó, é hizo bien.

¿Quiénes son ellos para pedirle cuentas? Hasta que la Virgen no se las pida, no tiene más obligación que la de guardarse el dinero y gastarlo alegremente.

¿Qué dirías de un cura, ¡oh tú el de Colmenar Viejo! que habiendo muerto un preso en la cárcel, se opuso á que lo colocaran donde de costumbre, pero que en cuanto olió que había depositado cuarenta duros en poder de un cabo de la Guardia Civil se le alegraron los ojos, y se fué á reclamarlos fundán-

dose que en confesión le había dicho que los emplease en misas por su alma?

¿Qué pensarías tú de su amor al prójimo al saber que, en cuanto se vió dueño de la cantidad, se apresuró á hacer un funeral al difunto que en caso contrario hubiera llevado al cementerio como un perro?

De seguro que tú, humanitario y caritativo como pocos, censurarás esa conducta y desearás que sea castigado de un modo ú otro. Por si no me engaño, tengo el honor de manifestarte que ya ha empezado el castigo, pues el juez, que sabe magníficamente cumplir su deber, ha entablado expediente de *abintestato* y reclamado los cuarenta duros, que serán para la familia del muerto, y el entierro que lo pague el que lo mandó hacer.

Alégrate conmigo, por lo tanto, y sírvate esto de enseñanza para no irte nunca por los caminos de la avaricia, en que tantos curas se han estrellado.

Cuando el incendio del teatro de la Ópera Cómica de París, hallábase en él desempeñando el cargo de acomodadora una piadosa mujer, gran devota de Nuestra Señora de las Victorias. Por salvar á unos espectadores que, aturdidos, se dirigían á un corredor sin salida, invocó á la Virgen y les dijo: «¡Seguidme!» Y en aquel instante se apagaron todas las luces y se aplastaron unos contra otros.

Entonces la pobre mujer se arrojó, pisada y estrujada por la multitud, y exclamó: «¡Virgen de las Victorias, os envío mi último suspiro!» Y dicho esto perdió el conocimiento. Y aquí empieza el milagro.

A las seis horas, cuando la mayor parte de los espectadores de aquel corredor habían muerto asfixiados ó aplastados, la devota se encontraba en la cama de un hospital. ¡La Virgen la había salvado!

Hasta aquí el periódico *carca* de Orihuela que refiere el suceso, y que, por un rasgo de modestia disculpable, omitió el decir que la salvó la Virgen... con ayuda de un heroico bombero que cargó con ella á cuestas.

Dice El Noticiero Bilbaíno:

«Doña Lorenza Uriarte mató con un hacha en Mondragón á dos hijos suyos y después se suicidó arrojándose desde el tejado de su casa á la calle. Esta señora, ferviente católica, ha dejado escrita una carta para su marido D. Higinio Bezueta, encargándole en ella que se gaste cuatro mil reales en sufragios para su alma».

¿Ahora salimos con ésas? ¿Pues no habíamos quedado en que los suicidas son gentes sin creencias religiosas y lectores de libros y periódicos impíos?

Por lo demás, supongo que los curas no recibirán ese dinero por proceder de una suicida, para quien las puertas del Cielo están completamente cerradas; pues si lo recibieran, á sabiendas de que las misas no habían de servirle para maldita de Dios la cosa, sería una estafa que caería bajo la acción de los Tribunales de Justicia.

Por si no se bastaba el *parrocdn* de Balduno para requisar dinero para el Papa, le han salido dos concejales de Regueras que le ayudan á maravilla. Empezó el *pater* por dar el sablazo magno desde el púlpito, y un *sacris* hace la primera colecta; después del rosario se da el segundo tiento á las bolsas, y por si acaso alguna peseta se ha quedado rezagada, los dos concejales ayudantes del *cuervo* se ponen á la salida de la iglesia y dicen:

«Vamos á ver cuánto dan ustedes para el pobre Papa, que está reducido á la última miseria; ahora se sabrá quiénes son los católicos: el que no dé, está fuera de la Iglesia católica».

Ante arenga tan conmovedora, ¿qué creyente no se rasca el último rincón del bolsillo?

Lo que está bien hilado es lo de expulsar de la Iglesia católica al que no suelte *guita*; pues de no hacerlo así, habría quien quisiera ser católico de gorra toda su vida.

—Decid, niño: ¿qué mote lleva un frailuco que asomó la calabaza por un púlpito de Valencia insultando gravemente á los catedráticos de aquella universidad?

—Salvador.

—¿De qué se salvó?

—De que le alumbraran una paliza ó lo llevaran á los Tribunales por calumniador.

—¿De modo que es lícito romper un alón al *cuervo* que se extralimita desde el nido de la paloma?

—No sólo es lícito, sino obligatorio.

—¿Cuándo pondrá el Gobierno coto á las demasías clericales?

—Nunca.

—Aprobado y retírate, que tienes más entendimiento que un arzobispo.

Después que salieron de Cartaya los *clerizánganos* Vaca y Borrego, se presentó allí Ceferino, el

de Sevilla, suave como un cardo por no perder la costumbre.

Las autoridades salieron á recibirle á dos leguas del pueblo; mas no habían contado con que su eminenencia es enemiga de cumplimientos, y sin hacerles caso siguió en su coche hasta el pueblo, dejándolos con un palmo de narices plantados en el camino.

No tiene Ceferino la culpa, sino las autoridades que se dieron el mal rato sabiendo que los recibimientos oficiales son contra la humildad evangélica. A Cristo no le salió al encuentro la autoridad más que una vez, y fué para prenderle en el huerto de las aceitunas.

Fué un muchacho de Alicante á la iglesia de Santa María, llevando dinero para que el *pater* lo inscribiese en la Juventud Católica.

Después de embolsarse los ochavos el cura, le endilgó una arenga sobre si el día del Juicio vendría Dios con una sogá muy larga para atar á los impíos y echarlos al Infierno.

El chico no pudo contener la risa, y enfurecido el *grajo* lo echó á la calle con cajas destempladas, quedándose con el dinero sin hacer caso de las reclamaciones del chico, en lo cual obró bien; pues nada tienen que ver los metales con la impiedad de sus dueños.

Cuando la moneda es ortodoxa, es decir, corriente, no debe salir de la casa de Dios para no contagiarse de herejía.

¿Es cierto, madrecitas del Hospital de San Juan de Dios, que en la sala 8.ª, cama núm. 7, yace ó ha yacido postrado un frailecito, víctima de no sé qué dolencias especiales?

Si así fuera, cuidadle bien, no sea que se malogre para las campañas del Señor; y, si es que no lo hacéis ya, debéis darle: por la mañana, chocolate, sopa, leche, gallina, vino y postres; por la tarde chocolate; y por la noche sopa, asado y postres.

Es preciso que no eche de menos la vida del convento, aunque los demás enfermos carezcan hasta de la sopa de la mañana.

Y no me vengáis con que eso no se puede hacer, que harto sé que mangoneáis ahí por todo lo alto, y hasta á los empleados los tenéis metidos en un puño.

¿Sabe el *curaza* de Serandinas dónde van á parar dos ó tres paquetes de piadosos MOTINES que semanalmente envían al Casino de Miñagón varios socios del mismo residentes en Madrid, sin que hasta la fecha se haya recibido ninguno?

Se lo pregunto porque, siendo cartero el *sacris* y él aficionado á leer de gorra nuestro periódico, como lo demuestra aquel hato de MOTINES que apareció en el archivo parroquial, tal vez pudiera informarme cumplidamente.

Y conste que se lo preguntó para dirigirme si no me contesta al director de Comunicaciones, á fin de que ponga remedio á la irregularidad.

El arzobispo de Algarve (Portugal) se resiste á oficiar de pontifical pretextando que no tiene el cábido que corresponde á su categoría.

Eso es defender los fueros de la Iglesia. ¿Pues qué han creído los impíos? ¿que los mitrados de hoy iban á ser como los de los primitivos tiempos, que sin acompañamiento alguno se dirigían á las catacumbas, para volver después de sus tareas sacerdotales á empuñar las herramientas de su oficio y ganarse el pan con el sudor de su rostro?

No, señor. Diez y nueve siglos no pasan en balde y los obispos actuales no tienen nada que ver con los de aquellos tiempos.

—Las Hijas de María de la parroquia de San M. son más jacarandas que las de San Pedro y San Agustín—decía un *sacris* de Oviedo.

—No es verdad; valen más las de San Pedro—le replicó otro del ramo.

—Me sostengo en lo dicho, porque las conozco á fondo.

—Y yo también conozco á las otras y aseguro que las mías valen más que las tuyas.

Resultado: que anduvieron á moquetes, á cuyo extremo no hubieran llegado á estar presente algún *cuervo*, pues les hubiera dicho:

«Hijos míos, lo que no habéis de comer dejadlo cocer. Donde hay cura no moja sacristán».

Con objeto de reclutar fondos para las obras de la cúpula de la iglesia de la Seo, en Játiva, los *curianos* armaron una corridita de vacas, colocando muchos billetes entre los novios y maridos de algunas de sus devotas y otros individuos aficionados á cuernos.

¡Vive Dios que la indirecta no pudo ser más clara! ¿Veis, les dirían, esos animalitos que se están lidiando para construir la cúpula?

Pues hay caballeros particulares mejor armados aún y cuyas herramientas llegarán, si Dios no lo remedia, hasta la mismísima cúpula que con sus cuartos vamos á construir.

Vuelve *El Pueblo*, de la Habana, á referir una por una las estafas cometidas por el cura Redondo, rector de Montserrat, y que en conjunto ascienden á mil novecientos treinta y siete pesos con setenta y un centavos.

Parece ser que el colega está dispuesto á reproducir esta estadística timadora hasta que los Tribunales procesen y lleven á presidio al *cucaracha*.

Entonces puede estereotiparla, pues ya tiene para rato. Los curas son invulnerables.

Trincó *Lagartijo*, el de Santoña, los trastos de matar y se dirigió á dar el volapié á un anciano de noventa y dos años; mas como éste no recordase la Doctrina de puro olvidada, se volvió á la iglesia, dejándole sin la merienda eucarística.

Indignados los vecinos, recogen firmas pidiendo al obispo que lo traslade, y si no los atiende, es posible que se encarguen ellos de hacerle muy pronto levantar el vuelo.

Digamos como Espartero: Cúmplase la voluntad nacional.

El *parroquidermo* de Tomelloso inscribe en el padrón de ignominia (vulgo parroquial) á todos los vecinos, quieran ó no.

Con estadísticas tan fidedignas es cómo demuestran los *curianos* que la mayoría de los españoles es católica.

Es como si á mí me diese la humorada de hacer una lista de mis amigos y empezase: D. León XIII, D. Muley-Hasan, D. Pablo Apóstol, etc.

Y resultaría que tenía amistad con todos los habitantes de la Tierra y el Cielo.

Cuando toma por asalto la trinchera de Perico el *cuervo* de Cihuela, se las pagan todas juntas los que no confiesan, los que no compran la bula, y los que leen periódicos moralizadores, sacando á relucir para amedrentarlos el Infierno y el Purgatorio, sobre todo el último, anzuelo de pescar misas.

Como pinta á las pobrecitas ánimas tostándose en cueros vivos, los fieles se ablandan, y al par que las almas de sus deudos van saliendo del tormento, entran las pesetas en el bolsillo del *pater*.

¡Ah, benditas ánimas! ¡Para cuántas *galeotadas* servís á los presbíteros vividores!

Presento á ustedes al cura de la Salud que quiere quitársela á sus feligreses en la Habana, metiendo cadáveres en la iglesia contra todas las leyes y reglamentos de higiene.

¿Que por qué lo hace? Tal vez por haberse echado la cuenta de que cuantos más mueran, más responsables le caerán; ó porque, como casi siempre anda huido de la parroquia, nada le importa que se desarrolle una epidemia.

Pregunta *La Verdad*, de Oviedo:

«¿Quién sería un cura que, después de desavenir un matrimonio, después de tener ciertas intimidades canónicas con la esposa mística, se curó en salud por medio de un reconocimiento facultativo, en que procuró torcer no sé qué, para disculpar torcidas acciones?»

¡Vaya usted á saber quién sería! Al ofendido espeso le toca averiguarlo y enderezarle á palos.

En París se arrojó una niña al Sena y fué salvada por un transeunte.

Al preguntarle el motivo de su determinación, dijo que quería matarse para ir al Cielo con los ángeles.

La niña razonaba católicamente:

«Si nuestra felicidad no está en este mundo, lo lógico es buscarla en el otro».

Iba Facundo, *parrodo* de Teresa de Confronte, con el Viático, y porque dos individuos no se quitaron el sombrero por temor á constiparse, los insultó groseramente, excitando después los ánimos contra ellos desde el púlpito.

Como es de suponer, nadie hizo caso de las barbaridades del *pater*, pero su intención estaba bien conocida.

¡Qué vengativos son los pobrecitos de mi alma!

La estancia del arzobispo de Sevilla en Cartaya ha dejado muchos, si no buenos recuerdos, sobre todo al *curiano*, que ha tenido que sangrar su bolsa para costear carruajes y alojamiento.

Y cuentan que dice el infeliz, echando cuentas con su esposa:

—Nos ha partido por el eje su eminencia con su

visita. Aunque me esté un mes haciendo sudar á las ánimas, no repondré el bajonazo del bolsillo.

En el palacio episcopal de Oviedo se comercia en libros, habiendo hasta una muestrecita que dice: *Librería Religiosa*.

Aunque otra cosa afirmen los impíos, es indudable que el obispo pagará contribución como cada *quisque* dedicado á la industria, y que en su cédula personal se leerá lo siguiente:

«D. Ramón Martínez Vigil, de profesión librero y obispo á ratos».

Tiene el *lechuzo* de Lieres (Oviedo) gran entusiasmo por la fe católica, un odio encarnizado á los masones y liberales en general, y un ama flamenca que da la hora y toma... los cuartos.

Lo que no tiene es sentido común. Es verdad que esto para un cura es casi un estorbo.

Celebrábase una función religiosa en Valencia, cuando entró un buey en el templo y puso en dispersión á todos los fieles.

¡Pero qué aficionados son los animales á colarse en la iglesia!

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Podría usted decirme dónde se trabaja ahora los garbanzos aquel presbítero de San Ginés que hace años fué procesado por asuntos culinarios reventantes, y en qué estado se halla el proceso?

—Por San Isidro le aseguro que no sé dónde *currela* el autor de aquel guiso ó desaguizado. En las arrepentidas almas deben respetarse los remordimientos y no sacar á colación un proceso que, si no duerme, debe dormir en los rincones del olvido, á fin de que el *presbítero* viva en paz y críe fuerzas y vigor para prestar su auxilio poderoso á sus colegas.

Chinchón.—He oído hablar de un *curiano* de esta diócesis que es un benemérito de la patria por los muchos servidores que la ha facilitado, si bien ahora se contenta con una esposa mística de *buten*. También me han dicho el nombre del pueblo en que mora, pero se me ha olvidado. ¿Podría usted recordármelo en vista de estos datos?

—Imposible. Las señas que usted me da son tan ambiguas, que convienen á casi todos los presbíteros, no sólo de esta diócesis, sino de toda España. Pregúntele usted al párroco de ésa y le dirá lo mismo que yo.

PALOS Y PEDRADAS

Sr. Gobernador civil de la provincia:

Ha sido usted tan atento con nosotros cada vez que le hemos dado una queja, que vamos á molestar de nuevo su atención.

Es el caso que el cadáver del niño David Landaburum ha estado cuarenta y ocho horas sin enterrar en el cementerio civil de Chamartín de la Rosa, por sobre á falta del juez municipal, quien sin duda se cree invulnerable porque cuenta con la protección de los jesuitas; y como esto es contravenir á las reglas de higiene y á las leyes de humanidad, le agradeceríamos á usted mucho que interviniese en este asunto.

Y si no le sirviera de mucha molestia, que á la vez dispusiera que el lugar destinado á cementerio de disidentes reuniera las condiciones debidas, pues hoy es un apartado de dos ó tres metros, donde apenas ha podido colocarse el cadáver del niño citado, y eso que únicamente son cuatro los enterrados allí.

Pues siendo grande el incremento que van tomando en aquella localidad los disidentes del catolicismo, usted comprenderá que es necesario que se les conceda terreno suficiente para que puedan dar decorosa sepultura á los cadáveres de sus correligionarios.

Y no decimos más, por estar seguros que con lo dicho basta y sobra para que ponga usted remedio al mal que denunciamos.

Se nos ruega que llamemos la atención del Sr. Gobernador de esta provincia acerca de las malas condiciones sanitarias del cementerio de Colmenar Viejo, situado á muy corta distancia de la población y sin depósito de cadáveres, ni judicial tampoco, lo cual da ocasión á que el *parrocán* arme una pelotera á los médicos cada vez que tienen que hacer una autopsia.

Desde 1883 duerme, según nos dicen, en el Ayuntamiento un proyecto de cementerio municipal, sin que hasta ahora se haya resuelto nada por influencias de la gente de color feo, y á pesar de que el *curiano* ofreció cuando la epidemia cólica construir en el cementerio existente depósito judicial y de cadáveres, y ayudar á la Junta de Sanidad á colocarlo en condiciones higiénicas.

Mas como las promesas de los curas no deben nunca tomarse en serio, á menos que prometan ir á cobrar, al Ayuntamiento le toca poner remedio á este estado de cosas, ó á la Autoridad superior obligarle á ello.

No hace muchos días murió una niña de enfermedad contagiosa, y nos aseguran que, expuesto el cadáver al aire libre, al ir á verificarse el sepelio se vió que tenía todo el rostro destrozado por las aves.

Aun cuando no sea más que por evitar espectáculos tan repugnantes, bien merece que el Sr. Gobernador se entere de este asunto.

CORRESPONDENCIA MÍSTICO-PROFANA

Villardecierros.—Un *correligionario*.—En el momento que yo sepa quién es usted, haré públicas las atrocidades que me refiere del párroco de esa población; de lo contrario, no. ¿Qué confianza ha de inspirarme quien, sabiendo que en *EL MOTÍN* no descubrimos á nadie, empieza ocultando su nombre? Si usted no se fía de nosotros, ¿cómo nos hemos de fiar nosotros de usted?

Los que juegan limpio, no tienen necesidad de esconder la cara.

Córdoba.—No hemos recibido el número de *El Diario* que nos ha remitido. En cuanto á la majadería del *Boletín Eclesiástico* de si es *pecado mortal recibir educación en escuelas neutras*, ¿quién hace caso de cosas de *clerizánganos*? Para ellos lo meritorio es no recibirla en ninguna parte.

Játiva.—Publicaremos con mucho gusto cuantas hazañas clericales nos comuniquen.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El señor Obispo, novela por José Zahonero.

Es un elegante volumen de 304 páginas, digno de la envidiable reputación que ha alcanzado Zahonero en pocos años. Los lectores que no son aficionados á esos toques de brocha gorda con que algunos autores encubren su falta de naturalidad, de observación y de ingenio; los que sienten la delicadeza y la verdad dentro de una acción interesante que se desarrolla sin esfuerzo alguno, como cualquiera de los infinitos dramas de la vida, que no por ser reales dejan de cautivar el espíritu, encontrarán en *El señor Obispo* bellezas mil que saborear. Como estudio de observación y de análisis, el libro de Zahonero es sin duda el mejor que ha salido de su fecunda pluma. La figura del protagonista se destaca en la novela con maravilloso relieve. La lucha que sostiene contra todo lo que le rodea, es la de todos los grandes del mundo contra las miserias humanas que los acosan, refinada en el caso particular del obispo de Albuja por la calidad de los adversarios y su condición eclesiástica. Si no resulta el libro todo lo anticlerical que debiera, merece resultar, al menos en nuestra humilde opinión. Es cuanto podemos decir en su elogio.

Véndese al precio de tres pesetas en las principales librerías.

Damos las gracias al Sr. Director de Comunicaciones por haber tenido la amabilidad de enviarnos un ejemplar del *Anuario Oficial de Correos y Telégrafos de España* publicado por la Dirección General.

La obra, de indisputable utilidad para el público, se vende á dos pesetas en la portería de la Dirección de Correos, Carreteras, 10, principal, en las de la Dirección de Telégrafos, Claudio Coello, 8 y 10, y del Gabinete de Telégrafos, calle de San Ricardo, y en todas las Administraciones de Correos y Estaciones telegráficas de España.

También agradecemos al Sr. Director general de Aduanas la atención que ha tenido remitiéndonos un ejemplar de la *Estadística del Comercio de Cabotaje de la Península é Islas Baleares correspondiente al año 1886*.

ALMANAQUE DE EL MOTÍN

Se ha puesto á la venta al precio de UNA PESETA en toda España.

Los señores suscriptores de Madrid que tengan derecho á recibirlo gratis, pueden cuando gusten mandar con el último recibo á recogerlo en esta Administración.

OBRAS NUEVAS

LO QUE SON LOS CURAS

FOR EL CURA

JUAN MESLIER

PRECIO: DOS PESETAS

TIGRE TONSURADO

(NOVELA DE EL MOTÍN)

PRECIO: UNA PESETA

MAGNÍFICO RETRATO AL CROMO

DE

D. MANUEL RUIZ ZORRILLA

PRECIO: TRES PESETAS

En toda esta semana pondremos á la venta, al precio de una peseta, la segunda novela de *El Motín*, titulada

EL SUPPLICIO DE UN CURA

Los suscriptores directos á esta Administración, los corresponsales y los libreros las recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4—Plaza del Dos de Mayo—4